

“Cristianos por el Socialismo. Exigencias de una opción”, Ed. Tierra Nueva, Montevideo, 1973, pp. 165.



Mons. Helder Cámara



Mons. Pedro Casaldáliga

CRISTIANOS POR EL SOCIALISMO

PEDRO TRIGO

Planteamiento del problema

HAN PASADO QUINCE AÑOS

Los quince últimos años —de Cuba a Chile— han significado para Latinoamérica la primera contestación global del sistema capitalista dependiente. En mayor o menor escala en todos los países se ha dado una confrontación, que en la mayoría de los casos no ha logrado integrar al pueblo en la lucha en una medida significativa, decisoria. Al referirnos a esos 15 años podemos hablar de un auténtico estado de guerra.

Hay indicios para pensar que esta confrontación ha concluido. Queda el robustecimiento de la dependencia y el imperio de la represión. Queda la pervivencia —salvo Argentina y Perú y por razones opuestas— del papel tradicional del ejército como servidor fiel del “orden” establecido. Creemos que en esta etapa han quedado sustancialmente minados los partidos marxistas-leninistas tradicionales. También parecen haber quedado seriamente afectados los partidos que eclosionan en esta época como una alternativa frente a ellos, es decir los partidos socialcristianos. Todavía pequeños grupos de infraizquierda no han advertido el cambio y continúan su labor ciega de francotiradores “para agudizar las contradicciones”. Pero la mayoría encajó el golpe. Se ha entrado a una nueva etapa.

Hoy de una crisis económica ni siquiera cabe imaginar una movilización popular que diera paso al socialismo sino seguramente un endurecimiento represivo, la caída en una dictadura militar que ni siquiera intentará ocultar el velo de su dependencia de USA. Los nacionalismos de Perú y Argentina son muy complejos, pero al menos en la subsistencia del primero tiene parte el alza del cobre y el hallazgo del petróleo. Esta misma razón económica creemos que puede verse en los débiles nacionalismos de Ecuador y Venezuela.

En estas condiciones ¿tiene aún sentido hablar de los Cristianos por el Socialismo? La situación que apuntamos ¿no es la

prueba más contundente de que fue una aventura demasiado alegre y alocada? ¿No ha recibido ya la sanción de la historia? ¿Para qué volver sobre ella? ¿Para qué hablar de marxistas y de marxismo cuando es tan patente que sólo queda el islote de Cuba que hasta naciones tan conservadoras como Colombia hablan de reanudar relaciones con ella? Y sobre todo en nuestro país con un apoyo electoral masivo al gobierno y con disponibilidades económicas tan exorbitantes ¿qué contenido real puede tener una proposición socialista? Y si los documentos episcopales son un índice, pareciera que no hay un tema más alejado de la sensibilidad de nuestra Iglesia. Así pues ¿por qué tratamos del tema?

En primer lugar porque creemos que a pesar de lo dicho la opción socialista no está caducada ni en el continente ni en nuestro país. Y en segundo lugar porque nos parece una opción cristiana que aún no ha sido propuesta al pueblo latinoamericano y mucho menos a nuestra Iglesia.

BALANCE DE UNA ETAPA

La década y media pasada ha significado para Latinoamérica la primera contestación global del capitalismo dependiente. Se ha tomado conciencia duramente, a un costo terrible, de la fuerza, la dureza, la inhumanidad del sistema capitalista y del carácter encubridor de sus conceptos democráticos. En latinoamérica esto no es retórica, no son categorías simplistas de teorías poco científicas. Esto es experiencia.

Con lo que ha permanecido en pie de esta ola represiva y con el arsenal de conocimientos sobre el enemigo y de reconocimiento de los propios errores puede emprenderse una nueva lucha, una “larga marcha”. Esas frases de los años 60 que describían a Latinoamérica en la antesala de la revolución, como una olla hirviente e incontenible, como un volcán a punto de reventar dan paso a la visión de un continente devastado, amor-

dazado, engañado. Ahora se sabe que el poder del pueblo no será cosa de pocos años ni de pocas décadas.

Por lo que se refiere a los cristianos podemos decir que la década pasada comenzó siendo la época de la llegada, de la consumación de un proyecto muy largo de retoma del poder político por parte de las instituciones eclesiásticas para desde ahí, dentro de las reglas de juego del status, realizar un proyecto evangelizador que incluía un proyecto civilizador con énfasis especial en la educación y que iba tomando cada vez más en cuenta un modo de plantearse la división de clases y sus conflictos que se describía como la cuestión social. Pero precisamente la maduración de este proyecto, su realización a una escala bastante amplia estaba engendrando su superación. Se vio su insuficiencia, sus contradicciones. La reunión del CELAM de Mar del Plata (1966), que significaba la ratificación del apoyo político de la Iglesia al desarrollismo moribundo de la Alianza para el Progreso, marca el punto de inflexión. Ya en esa reunión Helder Cámara exponía claramente un modelo de análisis de la situación del continente y una estrategia totalmente distintos, opuestos. Será la línea que triunfe en Medellín. La pregunta de dónde situarse en este orden social no tenía sentido cristiano pues este orden social es un orden de pecado, una negación del Señor (Medellín 2,14). Dios no está aquí. La Iglesia sólo puede situarse entre los excluidos de este orden y entre los que luchan por cambiarlo.

Y en este análisis, por vez primera, se emplean categorías sociopolíticas nacidas en Latinoamérica y muy visiblemente representadas por connotados grupos sociales y repudiadas por otros no menos claros.

Se observa un desplazamiento de grupos cristianos, una movilización social, y en el seno de la Iglesia, una verdadera revolución cultural, una etapa fuertemente autocrítica pero nada amarga y bastante creadora, una etapa juvenil. Pero poco a poco las fuerzas conservadoras salen de su desconcierto y toman sistemáticamente la contraofensiva. Aparentemente todo pareciera indicar que han retomado el mando, se ha restablecido el "orden" y la "autoridad", el proceso de depuración de los organismos lleva buen ritmo. Ya hasta pueden vulgarizarse, vaciados de contenido, los temas de la liberación. Ya no hay ningún peligro.

De esta primera confrontación cristiana se han obtenido conquistas duraderas, pero también una gran impresión de desaliento, de que no hay quien mueva tanta inercia. Como es una generación que siempre ha estado arrimada al poder no se acostumbra a vivir en la oposición. El aprendizaje está siendo muy penoso. Pero se han puesto en evidencia muchas cosas. Y entre ellas se ha puesto a prueba la fe y se ha visto que es capaz de dar vida cuando todo falla, se ha experimentado la seriedad del pecado, la ambigüedad de la religión, se ha probado la fidelidad a la Iglesia y la dialecticidad de esta pertenencia, se ha tomado conciencia de que el compromiso con el pueblo es una verdadera conversión y por lo tanto no sólo efecto de análisis y opciones sino obra de la gracia que encuentra grandes resistencias en nosotros.

Se ha perdido la batalla. La Iglesia institucional continúa cautiva de este ordenamiento social. Está comenzando también a este nivel "la larga marcha".

Desde esta perspectiva mucho menos heroica, bastante gris y desgastante, pero hermosa y llena de exigencias de creatividad enfocamos este libro sobre el Encuentro Latinoamericano de Cristianos por el Socialismo, libro escrito en la fase anterior caracterizada por una lucha abierta, total y a corto plazo, cuyos resultados todos conocemos.

El libro recoge tres tipos de materiales: Del Encuentro, el documento final y su versión popular; la presentación y análisis de reacciones y posturas significativas ante el encuentro: la Democracia Cristiana, la revista chilena Mensaje y los artículos cruzados en Le Monde y La Croix entre Girardi y Coste; y un análisis de los puntos principales del encuentro, que incluye además, observaciones sobre ambigüedades e insuficiencias, y pistas para avanzar. En esta sección merece destacar el breve pero luminoso artículo del pastor metodista argentino Míguez Bonino. El resto de la sección está cubierta por Assmann, Blanes y Bach. Los textos del libro son breves y claros. Tal vez esta sencillez pueda ser un obstáculo, a unos les parecerá superficialidad y otros lo asimilarán a lo antiguo al no darse ulteriores explicaciones. Esto puede suplirse en cierto modo por la bibliografía comentada inserta al final del libro.



"La larga marcha" del pueblo

Caracterización de una perspectiva

UNA PERSPECTIVA DIVERSA

Una gran dificultad para comprender estos documentos y para mantener un diálogo fecundo con estos grupos cristianos está en la presunción que ordinariamente tenemos los cristianos medios de la

universalidad de nuestros conceptos, de nuestras vías de acceso a la realidad, de nuestras ciencias. Nadie pretende conocerlo todo ni menos aún conocerlo de un modo absoluto. Pero sí creemos conocer por lo menos de un modo suficiente y sobre todo sí confiamos en la capacidad de

conocer la realidad a través de la disciplina mental y de la experiencia vital. En el fondo presuponemos que nuestra mente puede entrar en contacto directo con la realidad. Está mediada por nuestro temperamento y por los instrumentos de análisis, pero siendo consciente de esa limita-

ción y abstrayéndola o corrigiendo los resultados, puede hacerse ciencia objetiva.

Por eso cuando hablamos con estos grupos o juzgamos sus acciones nos parece comprenderles, más aún nos parece que valoramos justamente sus vivencias que calificamos de nobles y cristianas e incluso más intensas y profundas que las nuestras, pero por lo mismo con tendencia a la exageración, a la simplificación, a la unilateralidad. Desde nuestra posición de cristianos medios nos parece comprensible que así les pase, pero nos parece que por su apasionamiento, por su parcialización no pueden hacer buena ciencia. Por eso pensamos que ya caen en el fanatismo cuando no sólo nos comunican sus vivencias sino que reivindicamos para sí una actitud rigurosamente científica y echan por tierra nuestra pretensión de objetividad. Entonces dejamos nuestra tolerancia y los combatimos. Los combatimos porque vemos amenazado todo nuestro horizonte vital que reposa en la homogeneidad. Palabras como ciudadano, justicia, trabajo, democracia, ley... creemos que son palabras que expresan la falta de discriminación, la objetividad de nuestra situación. Claro que todos somos conscientes de los abusos que llegan a veces a invadirlo todo, pero el horizonte de intercomunicación queda en pie, y se insta a los ciudadanos, es decir a todos los hombres, a que lo salven.

Y esto es lo que rompen estos grupos cuando nos dicen: yo entiendo esto de un modo contradictorio a como lo entiendes tú. Sólo es ciudadano el que tiene dinero, la ley garantiza con la fuerza de las armas esta división social, la democracia es un sistema social en el que mandan los que tienen el poder económico de tal modo que le quitan al pueblo sus banderas de lucha... Cuando hablan así y actúan en consecuencia pensamos que ya no tienen razón, que las experiencias duras de convivir con marginados y la influencia de ideologías extremistas los han desviado.

CONCIENCIA INDIVIDUAL Y CIENCIAS SOCIALES.

Creemos que mientras mantengamos nuestra pretensión de que estamos en un plano superior a estos grupos de tal modo que podemos verlos más objetivamente de lo que ellos mismos se ven e incluso integrar sus aportes a nuestra ciencia objetiva nos cerramos toda capacidad de comprenderlos. Es más, creemos que estos grupos están en lo cierto cuando confiesan su parcialidad pero nos emplazan a que nosotros reconozcamos la nuestra, cuando nos avisan que no existe esa pretendida universalidad, que hay que buscarla pero partiendo de que cada uno asumamos en nuestra conciencia todas las determinaciones de nuestra situación real. Que no existe el hombre genérico sino el hombre en situación, el hombre social. Y cada hombre ve la realidad desde su clase social y hace ciencia como un instrumento para consolidar el dominio de su clase. Mientras nuestra conciencia no se reconozca parcial, perteneciente a una clase y defensora de sus



Camilo Torres

intereses no tendrá capacidad de conversión, será una conciencia cautiva.

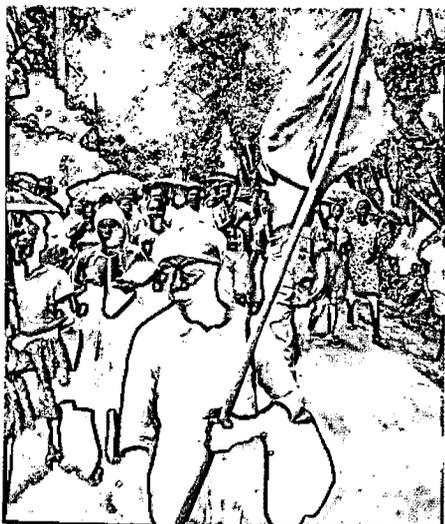
“El movimiento de la historia lleva la lucha por la liberación al terreno de la conciencia, que es precisamente donde el cristiano tiene más que aportar. Pero esto supone que tenga una idea correcta de lo que es conciencia social. Esta no es ante todo una conciencia ética, como se la figura el socialcristiano. Es primero que nada una conciencia falsa. El capitalismo para poder explotar bien necesita disimular el hecho tanto a los ojos del explotador como del explotado. El explotador cristiano escucha con frecuencia sermones y exhortaciones de sus obispos. Se supone que tiene además sentimientos humanos. Si creyera que está explotando, tendría que afrontar al menos un conflicto en su conciencia. Pero si no sospecha que lo hace, ya puede escuchar todos los llamados a la generosidad y al amor; está perfectamente vacunado con respecto a ellos. La gracia de la ideología está en presentarle como respetable y ‘conforme al orden natural de las cosas’ lo que de hecho es explotación. Algo análogo podría decirse del rol que la ideología juega con respecto al explotado, cambiando por supuesto los términos del



razonamiento.” (Informe de la delegación chilena al primer encuentro de Cristianos por el Socialismo, 2da. parte, No. 5) Es decir que lo que llamamos nuestra conciencia es ante todo, no nuestra conciencia personal y libre, sino nuestra conciencia de clase. Por lo tanto no accedemos a lo personal sino que nos mantenemos como un mero individuo de una clase si no tomamos conciencia del contrabando que esconde nuestra buena conciencia y obramos en consecuencia. Esta toma de conciencia no desvaloriza la conciencia ética: Ella es el presupuesto para que se pueda pasar de una conciencia falsa a una conciencia que capta lo que hay por debajo, lo oculto y los mecanismos de distorsión. Esto hace que la moral sea algo irreductible y por eso en cierto modo algo único y absoluto. Aunque sólo en cierto modo ya que sólo el obrar en consecuencia, es decir la praxis social de denuncia de la propia clase y de desclasamiento, es decir de compromiso con los explotados, puede llevar a salir de la injusticia y por lo tanto de la falsedad.

De este modo despojan a la conciencia de su autosuficiencia, su pretensión de autonomía, la arrogancia con la que se afirma desde sí misma conocedora del bien y del mal y poseedora de sus llaves, capaz de decidir desde sí misma como si fuera algo original, un absoluto y no una conciencia de una persona situada en una sociedad injusta y perteneciente a ella; como si fuera un dios y no algo derivado, un ser cautivo que no puede liberarse por sí mismo sino que necesita ser trasladado a otra órbita, a otra situación para poder ver la luz y obrar el bien. Estos hombres descubren que esta conciencia que creíamos objetiva y soberana es la conciencia de un hombre que trabaja para crearse a sí mismo humanizando al mundo, y en el trabajo establece relaciones, se constituye como sociedad. Pero estas relaciones son asimétricas, opuestas. La conciencia es, pues, una conciencia social y mediada por unas relaciones de clase social y a su servicio. Es lo que percibe el pueblo cuando dice “ellos son blancos y se entienden” o “tigre no come tigre” o lo que refleja en el antagonismo irreductible entre Tío Tigre y Tío Conejo, los personajes de sus historias.

Al ser uno dominador anda en la sociedad como en su propia casa, no encuentra resistencia y por eso confundimos nuestros análisis y nuestros trabajos con la objetividad. Sólo al desclasarse se percibe la alteridad ya que cualquier acción en pro de la clase explotada encuentra una resistencia cerrada y entonces se percibe que la realidad no es homogénea, que los conceptos universales —democracia, justicia, igualdad de oportunidades, igualdad ante la ley, ciudadano...— son en realidad conceptos de clase. Entonces se acaba el idealismo. Entonces las apelaciones a la concordia, al diálogo, a la colaboración, a la buena voluntad, las apelaciones a los ricos a que pongan su capital en función social se comienzan a oír con la impasibilidad con que las oye el pueblo, con que las lleva oyendo desde los tiempos de los Liber-



tadores: El pueblo ya sabe amargamente que las promesas de libertad, de igualdad, de posesión de la tierra, de gobierno de todos son pura palabra, no se refieren a ellos, nada tienen que ver con la realidad, y no ante todo porque piensen que los ricos son peores que ellos, nada de eso, sino porque "así son las cosas", eso es el capitalismo. Libertad, igualdad, fraternidad, libre empresa, derechos humanos... nada dicen de la situación objetiva, real, no son conceptos que sirvan para conocer la realidad sino para ocultarla y mantener la dominación. En cuanto se pretenden conceptos universales y objetivos, son pura ideología.

Frente a esta conciencia sin conciencia de sí que funda esta científicidad pretendidamente absoluta e incontestable, estos hombres colocan otro concepto de ciencia: "lo fundamental está en el hecho de que, en esta perspectiva determinada, analizar científicamente la realidad significa dejar al mismo tiempo muy claro de qué lado se está. La científicidad es entendida en un contexto de praxis transformadora: interpretar, transformando." (140).

Frente a esta conciencia y frente a la conciencia identificada sin conflicto con el sistema social imperante estaría la conciencia tercerista, una conciencia que pretende remontarse al orden natural de las cosas, que apela constantemente a un falso universalismo, que se cuestiona constantemente por uno y otro lado para no modificar su praxis y ocultar así su opción tomada. Constantemente se refiere a la com-



plejidad del asunto. "Se caracteriza por el constante recurso a los 'pero' supersituacionales, que distraen de las opciones ineludibles del momento". (141) Habla, y mucho, de conflictividad, de problemática, pero piensa que debe ser procesada en el interior del sistema. Lo contrario es para él simplismo.

Habría, pues, diversos tipos de conciencia y diversos conceptos de científicidad cada uno de los cuales está al servicio de organizaciones sociales y sirve para trazar e implementar estrategias y tácticas. En este grado de concreción no existe una conciencia universal y absoluta, como no hay tampoco ciencias sociales que no estén determinadas por su ubicación social, que no estén al servicio de nadie, de alguna clase social.

NO HAY NEUTRALIDAD: IDEALISMO VERSUS REALISMO HISTORICO.

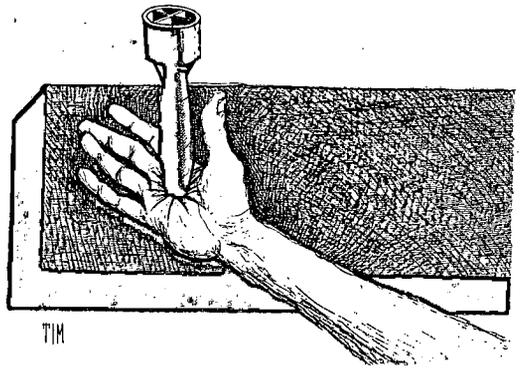
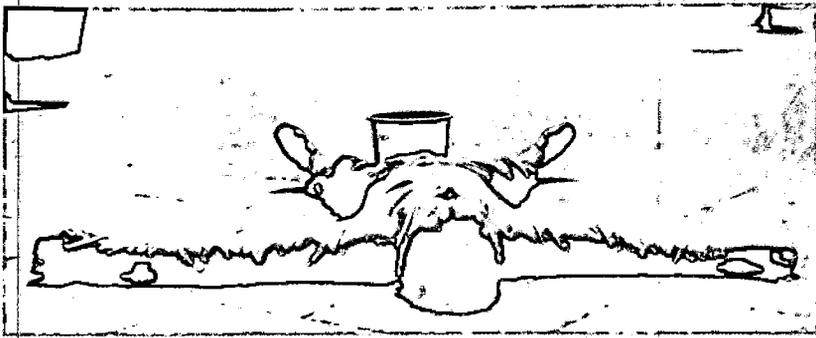
El desenmascarar de entrada esta falsa neutralidad, el aceptar el carácter situado de la conciencia y el carácter conflictivo, contradictorio de la situación social es el punto de partida para comprender a estos grupos cristianos. Como se ve es un punto de partida conflictivo. Y no hay otro. Esa es la experiencia de estos grupos y esa es su enseñanza. No es que estemos de acuerdo en unas cuantas cosas o en bastantes y que lleguemos a un punto en que diferimos. No se da esa coincidencia genérica y una divergencia específica. No es que todos hablemos de concientización, de justicia social, de paz, de desarrollo, de colaboración, de respeto... y en principio todos entendamos lo mismo aunque luego lo apliquemos de modo diverso, por diversos caminos. Es que esos conceptos están siempre ya determinados, situados según quien los use, en qué contexto y para qué. Todo es siempre parcial, todo nace sobredeterminado, lo de ellos y lo nuestro. No es que siempre han sido cosas claras, de sentido común, y ahora vienen unos cuantos a complicarlo todo, a sacarle punta a todo, a ver en las palabras intenciones y significados que no quisimos poner. No son los otros los que se inventan todos esos enrevesamientos. A lo más ellos son los que los detectan. Pero ahí estaban.

Lo que pasaba es que antes colocábamos la diferencia fuera, en el pueblo ignorante o en los comunistas ateos, calumniadores y malintencionados. La diferencia estaba fuera de nuestra cultura occidental y cristiana, fuera de nuestra clase social. Pero ahora no son ellos, los otros, los que todavía no son —pueblo— o los enemigos —comunistas—; ahora son algunos de nosotros. Y eso no lo podemos admitir porque pone en peligro nuestra estabilidad, nuestra conciencia. Y ese peligro que lo sentimos adentro es la señal de que la conciencia, lo que creíamos nuestra conciencia personal, era en realidad conciencia de clase. Eso demuestra el carácter derivado, dependiente de la conciencia. Y la

pretendida objetividad se desenmascara como ideología. Y nuestro acercamiento a estos grupos, lleno de condescendencia benévola, incluso de admiración, pero que presupone un horizonte común e incluso mayor objetividad de nuestra parte, nuestro acercamiento para aprender pero en el fondo para prestar una ayuda se cuestiona radicalmente al pedírseles que declaremos nuestra posición: "o con nosotros o con ellos", no podemos estar a caballo, no existe un horizonte común, no hay tierra de nadie: o colaboracionistas o de la resistencia.

Esta es para estos grupos la "actitud de realismo histórico, con la exclusión de todo tipo de subterfugio idealista". (135)

Es bueno insistir que en esta toma de conciencia de que la realidad no es un campo homogéneo, variado pero en el fondo complementario, este descubrimiento de que la situación social está escindida en clases antagónicas no quiere decir de ningún modo que se divide a los hombres en buenos o malos, en justos o pecadores, en acertados o equivocados según pertenezcan o estén al servicio de los sectores populares o de la burguesía. Nada de eso. Eso sería mantenerse en la misma órbita idealista que presupone que la conciencia es algo independiente, algo original, la causa de las relaciones sociales. Un hombre sería capitalista porque tiene voluntad de oprimir, por lo tanto si encontramos a alguien situado en la órbita de la burguesía es porque es un tipo moralmente depravado, un explotador con garras y colmillos o un rufián con guante blanco, en suma una persona despreciable sobre la que debe recaer el odio público. No; a nivel individual uno lo que quiere es subir, hacer dinero, tener poder, desplegar sus capacidades. Pero, claro, eso hay que hacerlo con realismo, es decir sabiendo jugar con las reglas de juego. Y esas aquí son las reglas de juego del capitalismo: la maximalización de la ganancia, el manejo del mercado, la explotación del trabajo, la competencia, el juego de influencias... Claro está que es casi imposible que en estas condiciones no se resienta la moral individual; pero eso no es por voluntad individual, es que "no hay más remedio". Y así es. Y por esto viene la cuidadosa división entre lo individual y lo social y la identificación de lo personal con lo individual, con lo privado, con las intenciones. Así uno queda a salvo y puede seguir interviniendo con la conciencia tranquila en el juego social. Por eso la tenaz resistencia a asumirse uno como ser social, a asumir que la verdadera conciencia de uno no es la conciencia individual y privada sino que su conciencia personal es conciencia social. Y que uno como ser social, como perteneciente a una clase, como capitalista es el autor de este sistema. "La gracia de la ideología está en presentarle como respetable y "conforme al orden natural de las cosas" lo que de hecho es explotación". (l.c.)



Manos en cruz para desatar manos

Balance Provisional

LA LUCHA IDEOLOGICA

Hemos tratado de acercarnos a los grupos de cristianos por el socialismo a partir de la etapa histórica en la que nos encontramos que hemos caracterizado como de "la larga marcha" frente a la etapa anterior, en que surgen estos grupos, que se caracterizó por una lucha abierta y frontal por la toma del poder. Nuestra etapa es ante todo una etapa de derrota de los grupos que aspiran a un poder popular, a una sociedad socialista, y de robustecimiento de la represión y de la dependencia. Esta conserva en nuestra etapa las características de la etapa anterior marcada por la dependencia tecnológica pero se caracteriza sobre todo por la intensificación de la penetración ideológica. No sólo las campañas de la CIA, AID, el control de natalidad, la concepción rostowiana del desarrollo, las agencias de noticias, las revistas ilustradas, la pornografía, los seriales de TV, las películas sino una multitud de campañas concretas, ardorosamente secundadas por los capitalistas criollos, tendientes a identificar la empresa privada con el bien del pueblo, al socialismo con el comunismo y a éste con los horrores stalinianos, tendientes a despolitizar al pueblo, a politizar al ejército inculcando la identidad de sus intereses con los del capitalismo dependiente, tendientes a recapturar a la Iglesia para el sistema tratando de aislar en ella al clero progresista, creándole ante el pueblo una imagen de guerrillero a la que previamente asociaron la connotación de asesino y el peligro, realísimo, de represión...

Sobre todo el gran avance ha sido en el terreno utópico. La gente sí piensa que el socialismo puede traerle mas igualdad. Pero el gran triunfo del capitalismo en nuestros países está en haberse identificado con la libertad. No es una libertad real, social. Es, como se ha dicho, libertad para morirse de hambre. Pero sí es una libertad en la que se cree vivir, es una libertad ideológica. Pero la ideología no es un mero apéndice de las relaciones sociales; tiene un margen de independencia y de creatividad que el marxismo mecanicista había olvidado, y las consecuencias son esta victoria ideológica que despoja a los revolucionarios de su bandera más profunda y más preciada ya que ellos siempre han luchado por superar la esclavitud y llegar al reino de la libertad. Ese es el profundo ideal de Marx, y su insistencia en la economía y en la toma del poder sólo a eso van dirigidas. Eso no lo cree el pueblo. Se cree pobre, pero libre, piensa que poco a poco irá conquistando más bienes, menos trabajo y más tiempo para gozar, y los más emprendedores sueñan con triunfar en toda la línea como lo han conseguido algunos que hoy están en la cumbre del sistema. Y las clases medias, que nutrieron en gran medida las luchas de la etapa anterior, se encuentran desangradas y sobre todo decepcionadas, no se ve

salida, es mejor dejar las cosas como están. El modo de vida americano pasa a ser el ideal materialista de esta sociedad que se cree idealista descartando el ideal de un hombre nuevo en una sociedad socialista, ideal descalificado paradójicamente como inhumano, como materialista. "El fundamento de los bloqueos de la mayoría de los hombres frente a la lucha de clases es la misma lucha de clases". (133)

Por eso al intentar acercarnos a estos grupos hemos insistido ante todo en el problema de la conciencia, pues si no se ve la función ideológica de la conciencia dependiente y legitimadora del sistema no se puede entablar con ellos un diálogo fecundo. Ya que nuestra posición es que sólo admitiendo esta base es provechosa una discusión de sus insuficiencias o de sus desviaciones. Todo lo demás es divisionismo y hacerle el juego al enemigo. **PERO POR OTRA PARTE UNA VEZ ADMITIDO ESTO QUEDA TODO POR DISCUTIR PUES ESTA SITUACION SOCIAL DE ESTOS GRUPOS NO PUEDE EQUIVALER A UNA SUERTE DE TALISMAN QUE LES DE AUTOMATICAMENTE LA POSESION DE LA VERDAD.**

LA DESIDEOLOGIZACION DEL CRISTIANISMO

En esta lucha ideológica tiene gran importancia la utilización ideológica de conceptos y valores cristianos. Por eso la insistencia de estos grupos en el desbloqueo ideológico del cristianismo: "No se trata de instrumentalizar la fe para otros fines políticos, sino por el contrario devolverle su dimensión evangélica originaria." (26) Pero si esa mixtificación cristiana no viene de teorías erradas sino de una praxis anticristiana este cambio de conciencia sólo será posible mediante un cambio de vida, una decidida toma de posición de los cristianos al lado de los explotados." (28)

El propósito de la disideologización —devolver a la fe "su fuerza evangélica liberadora" (26)— y el método —la ortopraxis— creemos que calan en el meollo del cristianismo. Constantemente insisten en que la disideologización del cristianismo no es sólo una proposición táctica sumamente necesaria a la revolución sino una estrategia imprescindible para que el cristianismo latinoamericano no apague al Espíritu, para que no se haga definitivamente insípida su sal. Para ello proponen una revisión total, insistiendo en que es una revisión desde dentro, no un reduccionismo interesado desde fuera:

"Un terreno privilegiado de trabajo de los cristianos revolucionarios debería ser desenmascarar la ideologización de la vida cristiana: ideologización de la fe, de la esperanza y de la caridad; ideologización de los sacramentos; ideologización de

las instituciones cristianas. Esto supone un doble punto de partida: 1o. la fe, el sacramento, la institución cristiana no se reduce a la ideología, y 2o. cada una de sus realidades está, sin embargo, sometida dentro de ciertos límites al peligro de la ideologización. Lo explicaremos con un ejemplo muy significativo tanto para la revolución cuanto para la experiencia cristiana: la lucha de clases". (Informe de la delegación chilena...)

Caracterizan a este tema como "un condensador de tremendas cargas emocionales". (132) Las reacciones que suscita hacen ver que "por ahí es la cosa" (id.), y que ese "es, quizá, el meollo del aprisionamiento ideológico del cristianismo en la mentalidad burguesa." (131)

Presentamos como muestra el análisis que emprende Míguez Bonino sobre el cristianismo y la lucha de clases. Creemos que es un modelo, y que no sacrifica nada de la complejidad, incluso de la ambigüedad con que se presenta este tema a

CRISTIANISMO Y LUCHA DE CLASES

El segundo punto tiene que ver con la lucha de clases. Esto toca un punto muy sensible. ¿No es acaso el Evangelio un mensaje de reconciliación? ¿No llama a la paz y el entendimiento entre los hombres? ¿Cómo puede cohonestarse la lucha de clases, basada en el odio y la exacerbación del conflicto? Se necesitaría un libro para analizar estas preguntas. Seguramente, ésta es una de las tareas teológicas más exigentes hoy en América Latina. Es necesario recordar, en primer lugar, que la lucha de clases no es un programa sino un hecho. No la inventan los revolucionarios: la desata el sistema económico-social imperante. Cuando un grupo de hombres invade y se apropia el trabajo, la vida, el futuro y hasta la conciencia de otros, ha desatado la lucha. Negarlo sería cerrar los ojos a la realidad. En segundo lugar, una lectura cuidadosa de la Escritura nos muestra que se da por sentado constantemente de carácter conflictivo de la realidad histórica. Dios no media entre opresores y oprimidos, entre Faraón y su pueblo, entre el fariseo y la viuda esquilmada —Dios se pone del lado del oprimido y contra el opresor—. En un nivel más profundo, por supuesto, esto es ponerse realmente "en beneficio" del opresor, cuyo quebrantamiento es la única esperanza de su restauración como hombre. Pero tal "reconciliación" no es resultado de apaciguamiento sino de transformación. Aquí se hace necesario un estudio mucho más profundo del concepto bíblico de reconciliación y de amor. Y esto nos lleva al dilema que se presenta a la Iglesia hoy frente al hecho de la lucha de clases. Básicamente, la Iglesia ha denunciado (cada vez con más intensidad) la opresión y la injusticia (los análisis y las denuncias de Pablo VI o del Consejo Mundial de Iglesias no difieren mucho de los del "encuentro"). Pero de allí generalmente ha desembocado en una exhortación a los poderosos a hacer justicia. Temerosa de hacerse cómplice de la violencia, no ha invitado a los oprimidos a restablecer la justicia. Se comprenden las vacilaciones, pero las preguntas que esa reticencia plantea son gravísimas y deben quemar la conciencia cristiana: ¿no considera la Iglesia hijos suyos a los pobres, o —avergonzada de invitarlos a la sumisión— no tiene ya nada más que decirles? ¿no los considera verdaderamente hombres, actores en la historia, sino solamente pasivos? Vista la inoperancia de su apelación a los poderosos, ¿está dispuesta a cubrir con su piadosa exhortación la situación de injusticia? ¿A quien ama realmente la Iglesia, no de palabra sino en la realidad? ¿a los pobres a quienes declara "amar" y "servir" o a los poderosos por cuya seguridad y poder se constituye en garantía al crear un freno (psicológico al menos) a las justas reivindicaciones de los oprimidos? No hay respuestas simplistas a estas preguntas. Pero no es más simplista la aceptación "por amor" del conflicto que la exhortación "por amor" al orden de la injusticia.

MIGUEZ BONINO, José: "Partidismo o solidaridad", en *Cristianos por el socialismo. Exigencias de una opción*, Ed. Tierra Nueva, Montevideo, 1973, p. 108-109.

la conciencia cristiana, con el pretexto de facilitar una toma de posición. Tenemos que decir que no hemos encontrado muchos análisis de este tipo y que en algunos sí se observa una ideologización del cristianismo haciéndolo pasar sin condiciones por un servicio a organizaciones políticas revolucionarias (ver el recuadro).

Creemos que este tema es crucial para el cristiano de América Latina, pero no sólo en el sentido de acabar con el bloqueo burgués que lo reduce a tabú sino también en el sentido de acabar con un modo no cristiano de practicarlo. ¿Cómo silenciar que tal vez éste tendría que ser el aporte esencial del cristianismo a la marcha hacia el socialismo? ¿Cómo silenciar que muchos revolucionarios también han caído en esta imagen popular que une la lucha de clases con revanchismo? ¿Cómo silenciar que en Chile se ha caído en este peligro y que ese ha sido también uno de los motivos del fracaso? Aquí es donde se ha de hablar de lo más profundo del cristianismo que no es la lucha ideológica sino el amor a los enemigos en el combate a muerte contra ellos, en el buscar seriamente la salvación de los enemigos cuando se busca acabarlos como tales enemigos del pueblo, del género humano. Esto sí que implica un cambio de praxis y aquí sí que el cristianismo tiene que aportar su contribución, su Espíritu. Que no significa de ninguna manera un ablandamiento sino un liberar a la lucha colocándola en un horizonte más amplio, impidiéndola que se absolutice y de esa manera deshumanice a los combatientes tanto que la lucha se cambie de signo. Esto es fácil decirlo, es casi imposible hacerlo. Pero "lo que es imposible para los hombres es posible para Dios" (Lc. 18, 27) Y esa omnipotencia ayuda al que tiene un proyecto histórico positivo, a la caridad paciente (1 Cor 13), al verdadero revolucionario animado por grandes sentimientos de amor. Y en nuestra América hemos visto el ejemplo colmado y luminoso de Martí.

EL PELIGRO DEL REDUCCIONISMO

1— CRISTIANISMO, MARXISMO Y PROYECTO HISTORICO. En este sentido pensamos que el marxismo latinoamericano no se ha visto libre del error del marxismo europeo de abandonar el proyecto histórico durante el desarrollo de la lucha por el poder para reintroducirlo de nuevo una vez en el poder. Y eso es imposible. Porque el proyecto histórico no es un parche. El proyecto histórico no es propiamente el objetivo, lo que vendrá después, sino lo que propiamente llevamos entre manos, la motivación objetiva, lo que hemos echado nosotros por delante como la luz que nos alumbramos, lo que en nosotros está como futuro atrayéndonos. Siempre funciona un proyecto histórico y aplazarlo en una etapa es introducir subrepticiamente otro. ¿Y cuál otro sino el capitalista? Claro está que así es más fácil tomar el poder, pero entonces no se ha conseguido nada cualitativamente distinto.

Creemos que a pesar de muchas acotaciones esparcidas acá y allá a lo largo de estos documentos sin embargo se observa un cierto plegarse a esta reducción. "Baste, pues, con insistir: El marxismo adoptado en el encuentro nos parece desafiador en sentido doble: desafía a marxistas y no marxistas. A los marxistas para que tomen en serio las notorias lagunas de formas empobrecidas del pensamiento marxista y busquen incluir cabalmente en la visión marxista, no sólo vagos problemas éticos y estéticos —puntos por donde surgieron siempre los mejores heréticos del marxismo— sino, muy concretamente, el tema político de cotidiana influencia en la praxis: el revolucionamiento de todos los aspectos de la cultura y la lucha ideológica en todas sus dimensiones. Pero el marxismo adoptado en los Documentos del encuentro, que no es de ningún modo simplista y esquemático, desafía todavía más a aquellos que siguen ignorando e incluso despreciando los aportes del marxismo —como postura realista en la historia y como conjunto de instrumentos de análisis— a la lectura crítica de los fenómenos sociales." (130-1)

Estamos completamente de acuerdo con lo segundo y en todo lo que precede hemos insistido en su importancia. Pero respecto a lo primero pensamos que son formulaciones declarativas no analíticas. Apuntan a una deficiencia pero no dicen en qué consiste. Mao, Gramsci, Althusser han enriquecido la correlación estructura-infraestructura. Sus aportes en el fondo han robustecido el materialismo histórico. Togliatti y Lombardo-Radicé han hecho ver que el fenómeno cristiano desborda el análisis de Marx sobre la religión y que por lo tanto no es simplemente un fenómeno derivado, un efecto de óptica, un reflejo sin historia propia.

Creemos que para asumir la práctica cristiana del pueblo latinoamericano y la suya propia es necesario para estos grupos reestructurar profundamente el materialismo histórico. Resulta interesante el aporte de Assmann asumiendo el concepto de plusvalía ideológica (1). Pero nos parece radicalmente insuficiente para dar cuenta de la praxis cristiana, de su Espíritu. No es que creamos que esto puede inventarse de un día para otro. Pero sí nos parece esencial destacar este desfase entre teoría y praxis como un motor para abandonar conceptos que no dan cuenta de la realidad y para seguir buscando.

2— CIERTA MITIFICACION DEL MARXISMO. En este sentido pensamos que si el marxismo ha contribuido a la desideologización cristiana no podemos decir que el cristianismo haya penetrado teóricamente en el marxismo. A veces se ha caído más bien en el reduccionismo, p.ej. al identificar sociedad socialista con sociedad sin opresores ni oprimidos (17). Esta mitificación resulta una mistificación del socialismo: "la revolución socialista cortará la raíz de la explotación: el capitalismo." (52) Esto es sumamente ingenuo y el pueblo no lo cree. Tiene sentido hablar de un paso, de un paso importante. Pero no de la raíz. El marxismo es interesante en cuanto se relativiza, en cuanto se refiere a una opresión concreta que hoy vehicula muchas otras. En caso contrario sí es incompatible con el cristianismo. El cristiano no cree que con la revolución socialista "la clase trabajadora comenzará a ser libre" (52) porque no cree que la raíz de la opresión sea la propiedad privada.

Nos parece también reductora la identificación que establecen entre socialismo y marxismo y marxismo y revolución (p.ej. p. 61-2) Creemos insoslayable el aporte del marxismo tanto como método cuanto como organizaciones, pero de ahí a una identificación sin más hay un gran trecho y el trecho nos parece que es cada día mayor y es sobre todo abismal en el plano de los partidos marxistas. Por eso, a sólo dos años de la reunión de Chile, nos parece fuera de lugar la "alianza estratégica de los cristianos revolucionarios con los marxistas" (23) que con tanto empeño proponen y que realzan como algo esencial. Hemos indicado elementos teóricos del marxismo que nos parecen válidos. No podemos desconocer tampoco toda la tenacidad y el heroísmo de los partidos marxistas latinoamericanos y su experiencia acumulada. No se trata tampoco de ponernos a despreciarlos ahora que están vencidos y desarticulados después de que en diversos países en condiciones difícilísimas han resistido durante largo tiempo a la opresión mientras que nosotros frecuentemente nos manteníamos al margen de la lucha cuando no contribuimos a hacer más precaria su situación. Pero también es cierto que en su postración actual tienen parte sus insuficiencias teóricas y sus errores estratégicos y tácticos. Hoy son necesarias nuevas organizaciones. Por eso creemos que es un error privilegiar la alianza de grupos cristianos y partidos marxistas. Pensamos que tiene más porvenir la alianza entre gente que crea en una revolución socialista, en la que cuenta mucho un método de análisis y de organización de tipo marxista que ha de reinventar su concreción histórica, y una mística, una fe, unas ciertas dimensiones de la persona y del proyecto histórico que manan del cristianismo.

3— CIERTA AUSENCIA DE LO POPULAR. Creemos que otra muestra de la cautividad ideológica en un marxismo que no se ha latinoamericanizado —Mariátegui desgraciadamen-

(1) cfr. SIC No. 365, Mayo 1974, Teología desde la praxis, p. 221-222



te quedó por ahora como un iniciador sin descendencia— sería la dificultad de empatar con el pueblo y de interpretarlo. Hemos hablado de la victoria del capitalismo en la utopía. En esta victoria tiene parte la incapacidad de la izquierda, su dirigismo y a veces la utilización inescrupulosa de las masas populares. Se ha llegado a caer en un despotismo ilustrado: se habla constantemente del pueblo, todo se hace para la liberación popular, la palabra pueblo siempre aparece en todas las siglas. Pero el pueblo está ausente. Poco a poco se va dando un divorcio de la realidad. Dicen p. ej. en el Documento final: "El pueblo, a través de todos los elementos eficaces de análisis que proporciona sobre todo el marxismo, está tomando conciencia de la necesidad de ponerse en marcha hacia la verdadera toma del poder por la clase trabajadora." (21) Creemos que esta frase pudo tener realidad en Chile. Pero en ningún otro país. En Argentina se da una movilización popular, pero no de signo marxista. En Perú también se mueve el pueblo, y aunque los análisis marxistas tienen que ver, no podemos decir sin embargo que se mueva hacia el marxismo. En otros países, por la represión fascista y por otras causas el pueblo se ha desmovilizado. En Venezuela aún el pueblo está con AD, y pese a las contradicciones del partido, es sin embargo el único que sabe hablar al pueblo en su lenguaje y el único que tiene organizaciones de base.

Esta lejanía del pueblo nos parece muy visible en la versión popular del Documento final. Sus autores piensan "que se han captado realmente las inquietudes del pueblo" (63) y de ahí sacan pomposas conclusiones (62-3). A nosotros nos parece un mero resumen simplificado para el uso no del pueblo sino de la masa que es simple. No es la palabra del pueblo. No hay diálogo con él, sino un descender a él, un adoctrinamiento. Y la preocupación mayor ha sido la ortodoxia: poner la mayor cantidad posible de conceptos lo más exactamente posible. Qué distancia p. ej. del Documento de los obispos del Centro-Oeste del Brasil, cálido, concreto, positivo, lleno de símbolos y ejemplos.

Nos parece especialmente preocupante tratándose de grupos de cristianos la incapacidad para empatar con las prácticas cristianas populares. Se habla de su aprovechamiento por parte del sistema y eso es importante descubrirlo. Pero si no se descubre desde dentro, desde una práctica pastoral que lentamente vaya cambiando todo de sentido, entonces esas acusaciones de ideologización nos parecen poco respetuosas y perjudiciales. Nos parece grave que no pocos dejen este campo por imposible y se dediquen a comenzar desde otras bases. Creemos que es necesario poner el acento en los valores cristianos del pueblo, pero esos valores no pueden divorciarse del todo de los símbolos cristianos que los expresan.

4— CIERTA INFRAVALORACION DE LAS ORGANIZACIONES CRISTIANAS. Al leer estos documentos se tiene la impresión de que se ha minusvalorado la importancia de las

organizaciones cristianas, de las comunidades cristianas, de la espiritualidad cristiana.

Claro está que se puede replicar que eso resultaba tan conflictivo que apenas se pudo pensar más que en algunas comunidades de base o alguna parroquia universitaria o pequeños núcleos en las barriadas. Creemos que esta respuesta, aunque tiene un peso obvio, no es suficiente. Nos parece que implica una cierta depreciación de estos elementos, en el fondo, de la espiritualidad cristiana, ante la urgencia de la situación. Valía más la pena organizar otras cosas. Naturalmente que el camino que proponemos es muy largo, pero creemos que es el único conducente. No basta, y aun sin esto puede ser contraproducente, la crítica a los elementos ideológicos de la vivencia concreta de la fe.

Nos parece que esta evangelización es un buen sustrato de resistencia. No se trata de organizar políticamente a las Iglesias sino de la importancia política de que se organicen, de que se articulen vigorosamente como Iglesias, desde una vivencia consciente y crítica, pero sobre todo viva, de la fe.

5— LA DIFICULTAD DEL DESARROLLO. Nuestra última observación se referiría al tercerismo, al reformismo, al desarrollismo. En estos documentos son los que se llevan la peor parte. Emocionalmente los tiros son más duros que los que se dirigen al imperialismo y a sus aliados criollos. Nos parece que el peligro del tercerismo es muy grave para los cristianos latinoamericanos. Pero tal vez en estos documentos no esté suficientemente valorada la dificultad de hacer historia hoy en Latinoamérica bajo cualquier hipótesis. Este es precisamente el lado fuerte del desarrollismo. Un gran capitalismo es en este sentido mejor que un socialismo muy ortodoxo, consciente, moral, pero incapaz. Se dirá que todo esto está sobreentendido, que es un presupuesto. Pero no sabemos hasta qué punto funciona realmente como tal. Esto nos parece especialmente importante, a un nivel subjetivo porque muchas personas que dedican su vida al desarrollo tienen la impresión de que su trabajo no es valorado, y a un nivel objetivo ya que nuestra situación nacional se caracteriza porque ni siquiera se ha concluido la ocupación del país y porque falta a todos los niveles experiencia organizativa y empresarial. Creemos que sólo cabe un socialismo si integramos este aspecto con toda la dureza que lleva consigo. Marx insiste en que socialismo no es repartir equitativamente la pobreza.

Quisiéramos acabar insistiendo en que en esta etapa de larga marcha las posiciones fundamentales de estos grupos de cristianos por el socialismo nos parecen imprescindibles, pero nos parece no menos importante superar ciertos estrecheces de concepción y de praxis, muy ligadas al período anterior. Pero esta superación sólo se hará en la práctica y la práctica pasa por la aceptación de la conflictividad social que con tanto ahínco recalcan y experimentan estos grupos.

